

## **A NUESTROS LECTORES**

**Comunicamos a los lectores que el N.º 72 de Proyección no ha podido llegar a sus manos por haber sido secuestrado por la autoridad judicial**

# **guión**

El tema de la alienación del hombre nos llega desde el siglo XIX, pero en vez de perder fuerza ha ido creciendo y afirmándose con aportaciones de pensamiento de diverso origen. Hoy pertenece ya al pensamiento del hombre de la calle. La desgracia del hombre está, no tanto en verse privado de cosas, cuanto en privarse él a sí mismo de lo que le constituye como hombre. El hombre alienado es el que abdica de su propia dignidad. Ahora bien, dicen Marx, Nietzsche y Freud, cada uno a su modo, lo que aliena al hombre es la Religión. "El hombre hace a la Religión, no es la Religión la que hace al hombre", dice Marx. La hace proyectándose fuera de sí, buscando en eso que proyecta fuera lo que no encuentra en su existencia concreta. La Religión es la conciencia del hombre que se ha perdido a sí mismo. Es el producto de una conciencia alienada. Para Marx el camino va de la alienación social a la alienación religiosa: "la Religión es el opio del pueblo". El pensamiento de Nietzsche está en las antípodas del de Marx. Es el profeta del superhombre y, mientras llega el superhombre, el predicador de la moral de los fuertes, de los señores, de los que tienen "voluntad de poder"; los débiles tienen que perecer. Y al mismo tiempo que anuncia el nacimiento del superhombre, anuncia la muerte de Dios. Niega a Dios porque diviniza al hombre. El mismo quiere ser su Dios. En ambos casos, Marx y Nietzsche, la negación de Dios es la afirmación del hombre.

Freud, sin el espíritu revolucionario de Marx y sin la subversión de todos los valores que hace Nietzsche, penetrando más finamente en la psicología del hombre,, también coincide con ellos en el tema de la alienación. Dios es para él el producto de las frustraciones, del infantilismo y narcisismo de quien no acepta la ley de la realidad que se resiste al cumplimiento de los propios deseos. Es la trasposición de las imágenes parentales que sirven al niño como pantalla de sus deseos de omnipotencia.

Pero tenemos que preguntarnos: ¿qué Dios es el que aliena? ¿qué Dios es el que ha muerto? Un Dios que oprime al hombre, un Dios que tiene que morir para que el hombre viva, un Dios que es la contradicción de la vida, que hace que no tomemos en serio nuestra existencia, un Dios que habita en un cielo que es una evasión de la tarea que el hombre tiene aquí en la tierra. ¿Es éste el Dios cristiano?

La alienación religiosa en su vertiente social o en su vertiente psicológica es un reto al pensamiento teológico. La Teología actual lo ha recogido. En la "Teología antropológica", que marca el puesto privilegiado del hombre en la Teología, hay mucho de respuesta a la alienación religiosa. En pocas palabras diríamos que es efectivamente en un dinamismo humano de proyección hacia lo otro donde encontraremos a Dios, pero que ese dinamismo no se acaba fuera del hombre, sino revierte al mismo hombre, de modo que sólo pensamos realmente en Dios cuando pensamos en una auténtica realización plena de lo que es el hombre. Hablar del hombre es hablar de Dios, pero no porque Dios esté hecho por las manos o por la mente del hombre (esto es un ídolo), sino porque está en el mismo hombre como fundamento de su existencia y como lo que la lleva a su plenitud. Podríamos señalar también la Teología del Mundo, que nos muestra que el cielo no es una evasión de la tierra y que el cristiano tiene que tomar completamente en serio su tarea terrenal precisamente porque tiene una consumación que no es simplemente terrestre.

Los cristianos creemos que ha habido un hombre de auténtica grandeza, que superaba la medida común de lo humano (el sueño de Nietzsche sin su despotismo animal), un hombre que no por ello se evadió de la dura ley de la realidad sino que se sometió a ella, que por tanto no se forjó un Dios como el de Freud, un hombre que se declaró en favor de los oprimidos para liberarlos, porque él mismo era libre. Su Dios no fue ni un déspota ni una evasión ni el que le garantizara una cómoda seguridad. Creemos que este hombre vive y que a los que creen en él nos hace participar en su comunión con Dios y de este modo nos hace más auténticamente hombres.

Pero de poco sirve que la Religión en que creemos no sea en sí misma alienante, si lo es la Religión que en concreto vivimos. De poco sirve la ortodoxia, si no se vive en ortopraxis. La alienación religiosa es también un reto a nuestro modo concreto de vivir el Cristianismo y sólo teniendo en cuenta los datos de la sociología y una auto-crítica sincera podemos responder a ese reto.